

BENJAMIN GRAHAM

AUTOR DEL BESTSELLER *EL INVERSOR INTELIGENTE*

LA VIDA DEL
LEGENDARIO
INVERSOR QUE
REVOLUCIONÓ EL
MUNDO DE LAS
FINANZAS

LAS MEMORIAS DEL DECANO DE WALL STREET

TRADUCCIÓN DE MERCEDES VAQUERO

DEUSTO

Las memorias del decano de Wall Street

BENJAMIN GRAHAM

Edición e introducción de Seymour Chatman

Traducción de Mercedes Vaquero



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Benjamin Graham: The Memoirs of the Dean of Wall Street*

© 1996 by McGraw-Hill LLC. All rights reserved

© de la traducción: Mercedes Vaquero

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2023

Depósito legal: B. 8.429-2023

ISBN: 978-84-234-3596-8

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Black Print CPI

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción.....	7
1. Infancia en Nueva York.....	37
2. Tragedias familiares; la perseverancia de mi madre.....	55
3. En la escuela pública.....	73
4. Los años de secundaria: Brooklyn y el Bronx.....	93
5. El peón agrícola y el mecánico.....	111
6. El estudiante universitario.....	131
7. El comienzo de mi carrera profesional.....	161
8. Los primeros años en Wall Street.....	179
9. El principio del auténtico éxito.....	203
10. El gran mercado alcista de los años veinte: casi me hago millonario.....	227
11. La lucha por la delegación del voto de Northern Pipeline..	241
12. La familia y otros asuntos.....	261
13. A mitad del camino de la vida: comienza el diluvio.....	291
14. El camino de vuelta, 1933-1940.....	311
15. Mi «carrera» como dramaturgo.....	323
16. Plan de Moneda de Reserva de Productos Básicos.....	337
Epílogo.....	353
Bibliografía.....	361

Infancia en Nueva York

Muchas personas parecen recordar innumerables detalles de su primera infancia; yo no soy una de ellas. Tengo pocos recuerdos de los acontecimientos anteriores a la muerte de mi padre, que ocurrió cuando yo sólo tenía ocho años y medio, y algunos de los incidentes que sí recuerdo son sospechosos, en el sentido de que no estoy seguro de si recuerdo la experiencia en sí o sólo el relato posterior de alguien.

Por ejemplo, solía decir que mi primer recuerdo claro era despertarme, junto con mis hermanos, con la entusiasta voz de mi madre gritando: «¡Leon, Victor, Benny, levantaos y corred hacia la ventana! ¡Estamos en el siglo xx!». Yo tenía entonces cinco años y medio, Victor uno más y Leon dos más. Es muy posible que recuerde su emoción, pero, pensándolo bien, debo admitir que mi madre contaba la historia con bastante frecuencia en los años posteriores y puede que confunda su anécdota con el hecho.

Recordado o no, nací el 9 de mayo de 1894 en el número 87 de Aberdeen Road, en Londres (Inglaterra) y mi nombre original era Benjamin Grossbaum. (Esa fecha hace que sea un mes más joven que Jrushchov y un mes más viejo que el duque de Windsor, dos hombres que perdieron su empleo.) Yo era el menor de tres hijos, todos chicos. De hecho, mi madre me dijo una

vez —ahora creo que era broma— que, al ser «el benjamín de la familia», era lógico que me pusieran ese nombre. (Por delicadeza o por falta de curiosidad, nunca le pregunté por qué no hubo nadie más después de mí.)

Mi madre fue muy clara respecto a un asunto en concreto: yo la había decepcionado terriblemente por ser un niño. Después de un hijo nacido muerto y otros dos varones, soñaba con tener una hija. No dudaba en decirme que su primer impulso fue tirarme por la ventana, pero, para no herir mis sentimientos, siempre añadía que se alegraba de no haberlo hecho.

He buscado a mi homónimo en la Biblia para saber lo más posible sobre su figura y sus logros. En el Génesis, se dice que Benjamín es la niña de los ojos de su padre y el favorito de su hermano José, pero sólo hace dos cosas en la narración: la primera es que llora sobre el cuello de José (45, 14); la segunda, que tiene más hijos que cualquiera de sus hermanos, nada menos que diez, todos varones (46, 21). Este logro es aún más digno de mención, ya que no era más que un chaval cuando se trasladó a Egipto con todos sus hijos. Las hijas eran muy escasas en la familia de Jacob, quien sólo tuvo una, Dina, además de doce hijos varones. Éstos, a su vez, tuvieron otros cincuenta, aproximadamente, de los cuales sólo uno era chica (Seraj, hija de Asher); «del Señor viene todo esto y nos parece admirable». La Biblia no dice nada directamente sobre la personalidad de Benjamín, pero la profecía de Jacob sobre él dista mucho de ser halagadora: «Benjamín es un lobo rapaz, que en la mañana devora a su presa y por la tarde reparte los despojos» (49, 27). Más tarde, sus descendientes causaron muchos problemas y en una ocasión casi fueron exterminados por sus tribus hermanas.

Sesenta y un años después de mi nacimiento, en un breve viaje a Londres, sentí la necesidad de volver a visitar mi lugar de origen. Le di al taxista la dirección que recordaba, el número 14 de Aberdeen Road. Tras bastantes dificultades, encontró la calle, oscura y ubicada en la parte nordeste de la ciudad. Descendí, como se hace de esos viejos taxis londinenses, y con ligeras palpitations en el corazón me acerqué al número 14. Resultó ser una de las viviendas de una de las filas de lóbregas casas de ladrillo de

dos pisos, sin duda ocupadas por trabajadores. Su aspecto fue un golpe para mi amor propio; la tradición familiar decía que habíamos vivido en una situación desahogada, que podíamos permitirnos contar con varios criados —a una libra al mes cada uno— y que morábamos en una casa comfortable con un bonito jardín. Más tarde descubrí que había confundido el número 14 con una casa que ocupamos algunos veranos después en Brighton, en Cambridge Road; así que mi decepción provenía de un error. Al año siguiente, mi primo Wilfred me trajo una fotografía auténtica de mi primera casa tal y como era en 1956. Su estructura no era ni mucho menos imponente, pero tenía tres pisos y un gran ventanal. En los albores del siglo xx, bien podía haber sido un buen ejemplo de respetabilidad burguesa. La visité en 1960 y me pareció una agradable casita esquinera, bien conservada para su antigüedad y con un jardín minúsculo que rodeaba dos de sus lados. La última vez que jugué en ella, cuando era un niño de siete años, había parecido más espaciosa.

Víctor nació catorce meses después que Leon y yo aparecí trece meses más tarde que Victor. Los pocos años de diferencia que nos llevábamos me resultaban muy desconcertantes por ser el más pequeño de los tres, pero, desde el punto de vista práctico, tenía numerosas ventajas, ya que facilitó el hecho de criarnos como una unidad; por ejemplo, todos aprendimos un poco de francés al mismo tiempo de nuestra *mademoiselle*. Todavía conservo una carta que escribí en francés a los cuatro años a «cher papa et maman», que habían ido de viaje a algún sitio. Está muy bien hecha, con sus pautas trazadas con mucho cuidado; demasiado bien, en realidad, lo que me hace sospechar que prácticamente toda ella, excepto la letra de aquel niño debió de ser obra de *mademoiselle*.

No recuerdo si tuvimos más de una institutriz a lo largo de los años. Ella (o ellas) no me dejaron huella aparte de una curiosa impresión gastronómica. A menudo comíamos *charlotte russe* casera de postre, un delicioso pastel (no con bizcochos de soletilla, como los hacen ahora) relleno de una inefable nata montada. Todavía tengo la imagen grabada de alguna *mademoiselle* mientras cortaba el cartón de las cajas de galletas marca Uneda y

colocaba los trozos en forma de conchas para hacer el molde de los dulces.

Cuando nací, mi familia ya había iniciado una serie de mudanzas que se prolongarían durante muchos años. Mis hermanos nacieron en Birmingham (en Inglaterra), donde mi padre y mi abuelo importaban porcelana, baratijas y curiosidades de Austria y Alemania. Poco después del nacimiento de Victor, trasladaron el negocio y la casa a Londres. Un año más tarde tomaron una decisión trascendental: abrir una sucursal en Estados Unidos y que la dirigiera mi padre, el segundo de un montón de hermanos. Así, en algún momento de 1895, cuando yo no tenía más de un año, los cinco zarpamos hacia Nueva York. Viajamos en segunda clase y, cuando llegamos a Estados Unidos, un médico del gobierno nos examinó de cualquier manera y después bajamos por la rampa de desembarco a nuestro nuevo país. No se necesitaban papeles ni otros trámites de inmigración. Eso estaba reservado a los pasajeros de cuarta clase, o de tercera, a los que hacían pasar por los trámites en la isla de Ellis, en el puerto de Nueva York.

No sé si mi padre tenía previsto quedarse a vivir para siempre en Estados Unidos. Probablemente no, ya que nos alojamos en una casa, en vez de fundar nuestro propio hogar. Sí sé que estaba orgulloso de su nacionalidad británica, que conservó hasta su muerte. En aquella época los ingleses eran especialmente reacios a cambiar de bando y hasta después de la Primera Guerra Mundial no nos convertimos en ciudadanos estadounidenses.

Durante mis primeros años fui un inglés muy patriota para quien la superioridad de los británicos en casi todos los aspectos era tan obvia que cualquier reto era absurdo. Ni que decir tiene que en nuestra nueva morada cuestionaron esta opinión sin parar. A principios de siglo, Estados Unidos tenía un fuerte complejo de inferioridad con respecto a la madre patria, lo que me trasladaban a modo de continuas críticas y burlas. Las ínfulas y modales británicos, así como el acento y la ropa, se consideraban ridículos en el entorno estadounidense.

La familia Myers, con la que vivíamos (en West Sixties, junto a Park Avenue), estaba formada por una madre viuda y cuatro hijos entre chicos y chicas. Prácticamente todos ellos vivían en

casa, al parecer reacios a casarse y mudarse. No tengo ni idea de cómo cabíamos con comodidad todos nosotros en esa casa, pero sí recuerdo que los Myers eran muy amables y especialmente cariñosos conmigo por ser el pequeño. Aunque eso no les impedía burlarse de mí sin piedad por mi carácter británico. Uno de los altercados giró en torno a la regata de la Copa América. Por supuesto, no oculté mi convicción de que el *Shamrock*, de sir Thomas Lipton, sería el ganador; eso no ocurrió y todavía me escuecen las burlas que recibí.

Más tarde, cuando fui al colegio, descubrí que mi sesgo probritánico se enfrentaba al sentimiento antibritánico de mis compañeros de clase. No dejaban de recrear conmigo la guerra de la Independencia, comparando a George Washington con Jorge III (en gran medida en detrimento de este último) e incluso insistían en que ellos también habían ganado la ambigua guerra anglo-estadounidense de 1812. Durante varios años, hablé con un marcado acento inglés, que nuestra familia había importado con naturalidad a Estados Unidos y que me había transmitido cuando yo aprendí a hablar. En la escuela no podía decir *café* o *perro* sin que me imitaran con sorna. Por fortuna, poco quedaba de ese acento a los diez años.

Hay una gran fotografía de los tres hijos, tomada cuando yo tenía dos años, en Richfield Springs (Nueva York). Sacaron varias ampliaciones en tamaño de retrato, que colgaron durante los años siguientes en varias paredes. Aparecemos los tres en orden descendente de izquierda a derecha, tocando con el ala de un gran sombrero de paja el del vecino. Todos tenemos el pelo largo y rizado y vamos vestidos con un traje blanco de marinero con pañuelos de seda negros, calcetines blancos y zapatos negros de charol de un sólo botón. Pero ¡qué desgracia y humillación para mí! En lugar de los masculinos pantalones cortos que lucían mis hermanos, quedé plasmado para la posteridad con una falda corta. En aquellos años lejanos ésa era la costumbre de los niños muy pequeños que no habían llegado al estado de fiabilidad funcional; la falda le facilitaba a la niñera el cambio de pañales. En cuanto al efecto sobre la víctima, los padres no se preocupaban demasiado de las reacciones emocionales de sus hijos.

El retrato se originó de una manera bastante inusual. Nuestra familia se encontraba en Richfield Springs (un lugar de veraneo que entonces estaba de moda) porque mi padre había alquilado una tienda allí para la temporada. Gran parte de su negocio se hacía a través de subastas en lugares como Saratoga, Bar Harbor, la isla Mackinaw e, incluso, en la más proletaria Atlantic City. Así, el 4 de julio de 1896, fuimos espectadores del desfile anual del Día de la Independencia de Richfield Springs. Vestidos con nuestras mejores galas, nos colocamos en el escaparate de nuestra tienda para ver la celebración. Según mi madre, estábamos tan atentos y quietos que una señora entró para preguntar si la escultura de los tres niños estaba a la venta.

Esto parece fruto de la imaginación, pero, sin duda, es cierto que un fotógrafo profesional quedó tan impresionado por nosotros que nos ofreció copias gratuitas si le permitíamos exponer el retrato en su escaparate. De este modo acabamos con una gran variedad de esas fotografías en varios tamaños. Nuestros visitantes caían en un educado, y tal vez verdadero, éxtasis al ver a los tres querubines, pero pasó muchísimo tiempo antes de que yo pudiera mirar aquella falda blanca con una sonrisa indulgente en lugar de una flagrante humillación.

De mi padre recuerdo poca cosa, lo que es más lamentable porque, según todos, era una persona maravillosa. En los años posteriores nunca oí hablar de él más que en forma de elogios entusiastas. Tenía «un corazón tan grande que no le cabía en el pecho»; ése era el veredicto más habitual y lo demostró con innumerables actos de consideración y ayuda económica a sus padres y a sus diez hermanos y hermanas, así como a otras personas. Además, era apuesto, alegre, encantador y casi siempre estaba de muy buen humor. También era un excelente hombre de negocios, perspicaz, ingenioso de manera indefectible y lleno de energía. En sus últimos años, la rama británica del negocio estaba resultando infructuosa y los beneficios que obtenía en Estados Unidos nos mantenían no sólo a nosotros, sino también a nuestros padres, tíos, tías y primos en Inglaterra, un verdadero ejército. De alguna manera, mi padre se las arregló para hacerlo, pero a costa de trabajar muchísimo y de viajar constantemente por el país.

Cuando yo tenía cinco años, mis padres me llevaron a un corto viaje a Hot Springs (Virginia), donde mi padre esperaba recuperarse de una de sus enfermedades. Recuerdo tres cosas del viaje. La primera, que estuvimos encerrados en el hotel durante algunos días a causa de las inundaciones primaverales, que trajeron la nieve derretida de las montañas cercanas y fluía y se arremolinaba por las calles. Luego, la amistad que entablé con un miembro de la familia Swift (la de los alimentos cárnicos), a cuya riqueza mis padres se referían con el mayor de los respetos, aunque ahora creo que debían de estar en sus inicios relativamente modestos.

Después ocurrió el incidente de los *Grape-Nuts*. Una mañana mi madre me dijo que ya era lo bastante grande para bajar yo solo al restaurante y pedirme el desayuno. Sin duda, mis padres tendrían muchas ganas de utilizar el dormitorio sin la incómoda presencia de un tercero; al menos eso espero, pero yo lo consideré una señal a favor y, cuando me senté en nuestra mesa del comedor, me sentía tan orgulloso de mí que no me atreví a preguntar nada. No recuerdo si, como muchacho precoz, ya era capaz de leer las palabras del menú o si le pedí al camarero que me las leyera. En cualquier caso, me llamó la atención un nuevo concepto, *Grape-Nuts*, cuya existencia desconocía hasta ese momento. Por supuesto, eso fue lo que pedí. «¿Los has probado?», preguntó el camarero con escepticismo. «No, pero los quiero», respondí. «No creo que te gusten. Mejor que tomes otra cosa», comentó. Mi vanidad estaba en juego. ¿Acaso no sabía yo lo que quería? Insistí y me trajeron los *Grape-Nuts*. Por aquel entonces y mucho después, tenía los dientes excepcionalmente sensibles y aquel excelente desayuno los restregó como si fuera gravilla. El camarero se quedó mirándome con aire de superioridad. Me comí hasta el último grano y añadí un desafiante y engañoso: «Me han gustado». Pero no volví a pedir *Grape-Nuts* durante mucho tiempo.

Cuando tenía siete años, nuestros padres nos llevaron a Leon y a mí a pasar un verano en Inglaterra. Entonces Víctor era un niño problemático y pensaron que lo mejor para él era enviarlo al conocido campamento de verano del doctor Davidson en Cool-

baugh (Pensilvania) para fomentar su autocontrol. Aunque fue una experiencia emocionante y memorable para nosotros, no recuerdo que mi padre formara parte de ella. Al parecer sólo nos llevó a Inglaterra y luego nos trajo de vuelta, y pasó las semanas intermedias en subastas en algún lugar de Estados Unidos. Sólo recuerdo un incidente en el que participó y no fue del todo feliz. En el viaje de regreso, yo era uno de los favoritos de los pasajeros, a quienes les encantaba convencerme —y no necesitaba que insistieran— de que me pusiera de pie ante ellos, con la barbilla levantada, y recitara el poema *Oh, capitán, mi capitán* con trémulo sentimiento. Dos noches antes de llegar a puerto, tuvo lugar la tradicional cena del capitán con la animación a cargo de los pasajeros y la tripulación. Me dijeron que, por petición popular, me habían invitado a interpretar de nuevo la elegía de Whitman. Yo estaba en la gloria, henchido de orgullo y expectación. Después llegó la ducha fría. Mi padre había decidido que yo era demasiado pequeño para quedarme despierto hasta tan tarde, además de que tanta atención por parte de los adultos no era buena para la educación de un niño. Mi aparición se canceló y me fui a la cama temprano y desconsolado. Al día siguiente supe que mi padre había recitado un largo poema en mi lugar durante la celebración. La dolorosa impresión que arrastré conmigo durante mucho tiempo, que mi padre se había apropiado adrede de mi gloria, fue sin duda injusta con él.

En contraste con los frecuentes elogios de otros, me resulta extraño que la mayoría de los recuerdos que yo tengo de mi padre sean o graciosos o amenazantes. Una de sus expresiones favoritas era: «Es una ambigua imitación de un lagarto cola de cebra paralizado», lo que me parecía, o se suponía que debía parecerme, muy divertido aunque no tuviera la menor idea de lo que era un lagarto cola de cebra. Lamentablemente, también recuerdo expresiones como «te voy a dejar inconsciente hasta mediados de la próxima semana», «te voy a dar una paliza de muerte» y «te voy a romper todos los huesos del cuerpo». Sin duda alguna, estas últimas no eran nada agradables e iban dirigidas contra mi hermano Victor, que a menudo se portaba mal. ¿Por qué recuerdo estas terribles amenazas y no las cosas en-

cantadoras y divertidas que con toda seguridad también decía mi padre?

Aunque valoraba nuestro viaje a Inglaterra y presumía de él hasta la saciedad ante mis amigos, sólo recuerdo una serie de escenas aisladas: un viaje en tren de Southampton a Londres que me pareció interminable, mis tres jóvenes tías con raquetas de tenis —regalo de mi generoso padre, como supe más tarde— y el agradable jardín de la casa de mi abuelo, donde, supongo, nos acomodaron a todos de alguna manera. Era el año 1901; la reina Victoria había muerto unos meses antes y me impresionó ver el maderamen de las fachadas de las tiendas pintadas de negro en señal de luto. Recuerdo que me explicaron ese verano que Eduardo VII estaba enfermo y que por eso su coronación había tenido que ser pospuesta. Además, la guerra de los bóeres estaba entonces en pleno desarrollo. A Leon y a mí nos dieron unos uniformitos caqui —un color nuevo entonces— y rifles de madera, y desfílamos arriba y abajo por nuestra calle en formación militar. Recuerdo también haber subido a uno de esos famosos autobuses abiertos de dos pisos y haber intentado con mucho entusiasmo atraer la atención de los numerosos soldados que había en la calle. En cuanto veía a uno que me miraba, lo saludaba con furor. Me ponía contentísimo cuando alguien me devolvía el saludo.

Sin embargo, pasamos poco tiempo en Londres. Luego nos trasladamos a Brighton para pasar la mayor parte del verano en casa de los padres de mamá, los Gesundheit, apellido que tanto divertía a los demás y nos avergonzaba a nosotros. La casa era un gran edificio de piedra rojiza en el número 14 de Cambridge Road. Recuerdo al abuelo Gesundheit como un hombre corpulento y jovial con barba blanca, a la abuela como una señora robusta, emotiva y autoritaria que acababa de regresar de París con una botella de cristal llena de caramelos como regalo, y a nuestras jóvenes tías, Margaret y Caroline, que eran muy cariñosas con nosotros.

Guardo un especial recuerdo de los servicios en la sinagoga a la que debíamos asistir con regularidad, ya que nuestra familia era judía ortodoxa por ambas partes. Veo una procesión de cinco hijos del rabino, entrando en fila hasta sentarse en su banco, ves-

tidos todos ellos con trajes de Eton, con el cuello vuelto y sombreros de copa. Durante ese verano explotó un calentador a gas en la casa del rabino, que sufrió graves quemaduras y estuvo mucho tiempo confinado en su habitación. Recuerdo que le hicimos una visita de cortesía y lo encontramos cubierto de vendajes.

El baño frecuente en la playa de Brighton era a la vez una delicia y un tormento. La arena era suave y agradable a los pies cuando te adentrabas un poco en el agua. Pero antes (allí donde un niño de siete años tenía que sujetarse a una cuerda guía) había una malvada colección de guijarros que las olas hacían volar contra nuestras piernas. Siempre teníamos muchas ganas de bañarnos —no puedo imaginar por qué, a menos que pensáramos que los niños de verdad debían ser impacientes—, pero, como el agua estaba fría, la playa era de guijarros y no teníamos la menor idea de nadar, la experiencia en general era una prueba espartana.

Sin embargo, la verdadera diversión estaba en las máquinas de baño de Brighton. Eran vagones cerrados que los bañistas utilizaban como vestuarios. Cuando la marea estaba baja, encontrabas los vagones en apretadas filas en la orilla; cuando la marea estaba alta, un poco más arriba en la playa, aunque aún muy cerca de la orilla. Los subían y bajaban unos caballos enganchados entre los ejes de los vagones de cada máquina. El propósito era permitir que los bañistas se desvistieran y vistieran cerca del agua y así evitar el largo e incómodo paseo a través de las piedras. Todavía puedo ver una escena encantadora. Fue después de una gran tormenta. Las olas lo inundaron todo de forma tan repentina que no hubo tiempo para subir los vagones a un lugar seguro y la mayoría de ellos acabaron en el mar al retirarse la marea. Allí estaban, flotando en el océano, a la vista de los curiosos espectadores que estábamos en la orilla. Tuvieron que salir algunos marineros en botes de remos, atarlos uno a uno con cuerdas y luego arrastrarlos con mucha dificultad hasta la orilla. ¡Cuánto deseábamos Leon y yo que se desatara otra gran tormenta para que se repitiera el mismo espectáculo!

Años más tarde, siendo un estudiante de latín entregado a la lectura extracurricular, me encontré con las famosas frases de Lucrecio:

*Suave, mari magno turbantibus aequora ventis,
E terra magnum alterius spectare laborem.*

(‘Revolviendo los vientos las llanuras del mar,
es deleitable desde tierra contemplar el trabajo
grande de otro’.)²⁷

En lugar de pensar en la imagen de una embarcación de trabajo, azotada por la tormenta, esas frases siempre me han evocado la imagen de dos niños en la playa observando a unos hombres en botes de remos que luchaban contra una flotilla de máquinas de baño.

Me porté muy bien durante mi infancia y rara vez me metí en algún lío, a no ser que mis hermanos me llevaran por el mal camino. Victor era el *enfant terrible* de la familia. En la adolescencia se convirtió poco a poco en un chaval problemático —de los que se califican como delincuentes—, pero salió de un período de disciplina institucional muy cambiado para bien. Leon, el mayor, tenía la personalidad más equilibrada de los tres. Era un joven normal, travieso y con los pies en la tierra, que se metía a menudo en problemas, pero nunca demasiado serios. Pescador entusiasta a los nueve años, Leon rara vez pescaba algo más que uno o dos lucios, aunque seguía intentándolo. Un día pescó una anguila. ¿Qué hacer con ese repugnante espécimen y del todo inútil para nosotros los hebreos? ¿Qué hacer sino cortarla en trocitos y esconderlos debajo de cada una de las servilletas que se colocaban sobre los platos de la mesa del sábado? Cuando la numerosa asamblea, que incluía algunos invitados de honor, las levantó el resultado fue un pequeño pandemónium. Todo el mundo supo por instinto que estaba mirando alguna sustancia extraña estrictamente prohibida por la Ley de Moisés. Se produjo una situación delicada al no saber si había que tirar los costosos pla-

27. Salvo que se indique lo contrario, las traducciones al inglés en la edición original parecen ser de Graham. En esta edición en español: *De la naturaleza de las cosas*, Lucrecio, edición de Agustín García Calvo, traducción de Abate Marchena, Ediciones Cátedra, Madrid, 1983.

tos de servicio o si se podían redimir con depuraciones abundantes. Leon fue debidamente castigado por su negligencia.

Poco antes de nuestras vacaciones en Inglaterra nos mudamos de la casa de huéspedes de los Myers a nuestra propia vivienda de cuatro pisos en la calle 122, cerca de la Séptima Avenida. Me encantaba hablar por la tubería acústica. Había que soplar muy fuerte por la boquilla para activar así un silbido estridente delante de los labios. A continuación, se empujaba una palanquita que apartaba el silbato y se oía la respuesta de la cocinera. Su fuerte voz irlandesa se oía con toda claridad: «Sí, mamá. ¿Qué pasa, mamá?». Y yo respondía con alegría: «Soy yo, Benny». Entonces ella decía con disgusto: «Lárgate y no vuelvas a molestarme».

Entre la cocina, el sótano y el comedor situado en el primer piso, funcionaba un delicioso montaplatos. Qué divertido era para un niño pequeño imaginar ser una sopera, meterse en la mitad inferior del montaplatos y subir y bajar trabajosamente. ¿Es la memoria o la fantasía lo que me habla del día en que los tres niños nos metimos juntos en el montaplatos y se rompió la cuerda?

Recuerdo haber seguido a mi padre y a mi madre por todas las estancias de nuestra casa, incluidas una o dos del piso superior —las dependencias del servicio, sin duda—, que me parecieron un territorio extraño. Mi padre llevaba una gran pluma y un recogedor normal. Eran instrumentos simbólicos, empleados en un ritual tradicional que llamábamos *buscar el jametz* (pan fermentado) en la víspera de la Pascua. Se limpiaba toda la casa escrupulosamente, para eliminar todo rastro de nuestra comida diaria, y se utilizaban dos juegos completos de ollas y sartenes reservadas sólo para esos días sagrados. Como si se tratara de un asedio, se colocaban grandes cantidades de provisiones especiales: decenas de kilos de matzá en grandes paquetes oblongos, grandes conos de papel azul llenos de azúcar extraduro, que había que golpear hasta dejarlos en trozos con forma extraña, y un suministro especial de leche, mermeladas y especias. ¿Y la búsqueda? Eso era para demostrarnos con total convencimiento, nuestro y, quizá, de un Dios muy exigente, que no quedaba nada

que contraviniera el canon de la Pascua en la casa. Por supuesto, nunca encontrábamos ni un bocado fermentado en estas expediciones, pero la búsqueda era emocionante.

Cuando tenía cinco o seis años, nos mudamos a una casa de piedra rojiza en el número 2019 de la Quinta Avenida, cerca de la calle 125. El segundo piso tenía un ventanal de cristal fijo y el gran salón que había detrás se utilizaba como sala de exposición para nuestra porcelana. Teníamos el acceso prohibido a esa zona bajo la amenaza de un castigo doloroso, ya que habría sido una auténtica locura permitir que tres toros jóvenes entraran en la tienda de porcelana de la familia, pero nos llevaban a inspeccionarla con mucho cuidado y debidamente acompañados. Mi imagen mental es como la de Omar Jayam, que encontró en la casa de un alfarero:

*Formas de todo tipo y tamaño, grandes y pequeñas,
repartidas por el suelo y la pared.*

Eran los grandes jarrones de porcelana de Sèvres los que más me impresionaban. Algunos parecían de una altura montañosa, pero entonces yo no sólo era joven, sino también bajito para mi edad. No recuerdo exactamente cómo era el más grande, pero jamás olvidaré mi asombro cuando me dijeron que valía 1.000 dólares. Eso era mucho dinero en aquella época.

Jugábamos en el parque Mount Morris, que estaba a tiro de piedra de casa. También íbamos de compras a menudo con mi madre por la calle 125, entonces un centro de moda para el público de clase alta. Comprábamos carne y alimentos en general en el gran mercado de Weisbecker. Para casi todos los demás artículos íbamos a Koch and Company, unos grandes almacenes de considerables dimensiones. Sin embargo, para las compras más importantes, o si queríamos elegir entre un surtido mayor, nos dirigíamos a Bloomingdale's, que ya entonces estaba en la calle 59. Para llegar allí había que tomar el tranvía, ya que aún no se había construido el metro, el ferrocarril elevado nos parecía incómodo y los coches eran aún una curiosidad. El sistema de tranvías estaba bien desarrollado, con varias líneas que compe-

tían y colaboraban entre sí, y elaboradas conexiones de las que se encargaban unos señores uniformados que se sentaban bajo grandes paraguas en varios cruces de calles importantes. Cada paraguas tenía impreso dos o tres veces un gran eslogan: «Todos los coches llevan a Bloomingdale's». Ésa era una de las expresiones familiares de mi infancia.

Durante muchos años nos compramos los zapatos en la tienda de Wright de la calle 125. Anunciaban sus productos como «zapatos Wrightform»²⁸ y a mi mente juvenil le impresionaba la claridad del juego de palabras. No pasó mucho tiempo antes de que comenzara mi propia carrera como aficionado empedernido a los juegos de palabras (vocación en la que fama e infamia son una y la misma.) Para mi cumpleaños, quizá el sexto, me regalaron una especie de carrito muypreciado llamado *express wagon*. Un día de finales de primavera o principios de verano, mi madre me permitió ir de compras con ella y llevar mi *wagon*. Amontonamos los paquetes en el carrito, mamá le compró unos ramos de guisantes de olor a un vendedor ambulante y los colocó por el carrito. Debíamos de ser un buen espectáculo —una madre de familia joven y bonita y un niño vestido con traje de marinerito y rizos negros, tirando de un carro alegremente engalanado—, pues recuerdo lo bien que me sentí al ver que los transeúntes se detenían y nos admiraban.

A los cinco años empezó mi escolarización de una forma humillante. Me enviaron a una guardería pública cercana, situada en el segundo piso de algún edificio. Sólo recuerdo que me sentaba extasiado ante una caja que contenía arena y una gran concha, con la que jugaba hasta no poder más. Pero pronto me expulsaron de la Arcadia. Todavía no dominaba el difícil arte de desabrocharme y abrocharme los pantalones aunque todos los demás alumnos habían superado ese punto crítico de su educación. Por lo tanto, mis visitas al baño requerían la ayuda de la

28. En el original *Wrightform shoes*, donde *wright* equivale en español al sufijo *-ero*, que, en sustantivos, indica oficio, ocupación, profesión o cargo. La traducción literal sería, por tanto, algo así como «el que da forma a los zapatos». (*N. de la t.*)

atareada profesora. Después de unos días de esa tontería me enviaron a casa para no volver jamás. Así que me vi obligado a esperar hasta septiembre de 1900, cuando ya tenía casi seis años y medio, para empezar de nuevo en primer curso. Me moría de ganas de hacerlo, ya que mis hermanos se daban unos aires insufribles porque ellos iban al colegio y yo todavía era un bebé. Un día oí a Leon quejarse de un castigo que había recibido por hablar en la fila. Me pregunté qué significaba *en la fila*. ¡Qué maravilloso sería estar en la fila aunque eso conllevara un castigo!

Cuando, por fin, empecé primero, demostré ser un buen estudiante. Aprendíamos tanto letras por separado como palabras enteras (pequeñas): *rey, luz, olla*, etcétera. Se imprimían en tarjetas que la maestra nos enseñaba para que las reconociéramos. Yo lo hacía tan bien que enseguida pasé de 1A a 1B. (En aquella época, los cursos se dividían en dos, cada uno de las cuales comenzaba tanto en septiembre como en febrero.) Mi primera escuela fue la número 157, entre la avenida Saint Nicholas y la calle 123. Como volvíamos todos los días a casa para almorzar, hacíamos el viaje de ida y vuelta cuatro veces al día. Mis paseos los amenizaba la aparición en la avenida Saint Nicholas de un tranvía tirado por dos caballos. La gente de otras ciudades se burlaba de Nueva York porque era la única que conservaba el transporte animal (junto con muchas líneas de tranvías eléctricos, por supuesto). Nuestros tranvías de la avenida Saint Nicholas eran, en realidad, los últimos supervivientes de esa antigua institución; el servicio se limitó al final a un viaje diario (normalmente sin pasajeros) como gesto necesario «para mantener la franquicia».

Pronto se hizo evidente que había nacido para ser un buen chico y un excelente estudiante aunque sin mayores consecuencias. Era sano, pero pequeño para mi edad, y estaba muy por debajo de la media en deportes de atletismo. Por aquel entonces no se esperaba que los buenos estudiantes fueran deportistas; sin embargo, se me exigía que participara activamente en juegos y ejercicios de todo tipo. Hacía lo mismo que todos los demás, sólo que con menor éxito, de manera que mi amor propio resultaba constantemente herido. Como mi coordinación muscular era mala, sufría de una torpeza generalizada. Se me caían las co-

sas y las rompía, o me tropezaba con ellas y las dañaba, a ellas o a mí mismo. Además, siempre estaba distraído, entregado sin cesar a la meditación o a la mera ensoñación. De ahí el grito airado de los demás que sonaba tan a menudo en mis oídos: «¿Por qué no pones más atención en lo que haces?» o «¿por qué no miras por dónde vas?».

Eran preguntas retóricas. Si alguna vez hubiera intentado explicar que un niño pequeño puede tener la cabeza llena de sus propias ideas interesantes y que estas ideas le impiden percibir el mundo físico que lo rodea, sin duda me habrían tratado como trababan al joven José el soñador sus hermanos; y quizá me lo habría merecido.

El día que *mademoiselle* libraba, los tres chicos nos quedábamos solos. Una vez decidimos ir a ver la pequeña locomotora que tiraba del tren infantil entre la calle 65 y la Quinta Avenida, justo dentro de Central Park. (Más tarde, quitaron las vías, que fueron ocupadas por los paseos en poni.) Por supuesto, recorrimos los casi cinco kilómetros a pie. Fueron una o dos horas deliciosas y lánguidas viendo el motor resoplante y los vagoncitos en innumerables viajes de ida y vuelta. No pudimos montarnos, claro, porque no teníamos dinero, pero eso no pareció afectarnos. Luego vino el largo camino de vuelta a casa. Estaba bastante oscuro cuando, agotados, llegamos a la casa de piedra rojiza. Hicimos una breve pausa para decidir qué estrategia seguir, pues sospechábamos que habíamos cometido una falta grave y que nos esperaba un castigo severo. Leon, que era el mayor —con nueve años— y, supuestamente, el responsable de nuestra aventura, se ofreció con valentía a entrar el primero mientras Victor y yo nos escondíamos detrás, protegidos por su sombra. Fue un hogar frenético el que recibió a sus hijos pródigos. Habían avisado a la policía poco antes y nuestra madre y el servicio estaban sumamente asustados ante la horrible perspectiva de un secuestro o un accidente.

Recuerdo que Leon y Victor recibieron sendas palizas, mientras que yo —por ser el más joven y, en teoría, un instrumento flexible en manos de mis hermanos— salí prácticamente impune. Tal vez, después de todo, había algún tipo de compensación por ser la persona de menor rango en el tótem familiar.

En aquella época remota, unas locomotoras pequeñas como las de Central Park arrastraban los trenes elevados. Pasaban por encima de nosotros con un rugido y un chisporroteo estupendos, y daba para observar llamas y chispas en las tardes de invierno. Cuando más tarde se electrificó el tren elevado, todavía veíamos un montón de aquellas diminutas máquinas de vapor reunidas en un pequeño patio elevado a lo largo de las vías. Con el tiempo, desaparecieron, ya que las vendieron, creo, a algún país sudamericano.

Las líneas del New York Central en Park Avenue no se electricarían hasta más tarde. Los trenes circulaban a vapor en una vía abierta, atravesada por puentes de pasajeros en cada manzana. Con cuatro o cinco años, me llevaban con frecuencia a alguno de estos puentes para mirar hacia abajo con asombro y deleite mientras la locomotora se aproximaba hacia mí a toda velocidad y luego pasaba por debajo. No sólo han desaparecido todas estas locomotoras, pequeñas y grandes, de la escena neoyorquina, sino que también lo han hecho todas las líneas de tren elevado, esas tremendas estructuras de gruesas columnas de acero y herrajes entrelazados que solían proyectar su inquietante sombra sobre las calles de abajo. Es como si nunca hubieran existido. Estos cambios, y muchos otros más asombrosos y portentosos, han ocurrido durante el transcurso de mi vida. Cuando era un joven universitario, leí con admiración los famosos versos del soneto de Ronsard:

*Le temps s'en va, le temps s'en va, madame,
Las! le temps, non, mais nous, nous en allons.*

(‘El tiempo pasa, el tiempo pasa, mi señora.
¡Ay! el tiempo no, nosotros nos vamos’.)

Nos vamos mientras el tiempo y el mundo siguen siendo. Muy cierto, pero a menudo siento como si el mundo que una vez conocí y el ocio propio de aquel mundo menos complicado hubieran muerto salvo por el recuerdo que tengo de ellos. Una breve supervivencia, ciertamente; sin embargo, en cierto sentido, soy yo quien ha enterrado el tiempo y lo ha mantenido con vida cante lo que cante Ronsard.